JULIO AFRANIO PEIXOTO, *Chinita*. (Traducción del original "Bubrinha", por Benjamín de Garay.)—Buenos Aires, Club del Libro A. L. A., 1942. 170 pp.

Solamente pinceladas hábiles, trazadas con la agilidad y la fecundidad de los maestros, puede ofrecernos, como *Chinita*, el cuadro que llamaríamos íntimo del rincón más íntimo, más lejano, más profundo del Brasil, aún lleno de misterio y de extrañas palpitaciones de vida que nace pujante, vigorosa, con la febriciente inquietud de los pueblos jóvenes que, aún vacilantes en su marcha por el sendero del universo, apoyan sin embargo sus primeros pasos en la base firme de su enorme fuerza natural.

Para escribir *Chinita*, el doctor Julio Afranio Peixoto —médico, literato, miembro de la Academia Brasileña de Letras y su ex presidente, diplomático y educador— debió adentrarse en lo más hondo de su inmensa patria, vivir el clima de sus angustias y sus esperanzas y penetrar, con el arte del psicólogo, en el alma de sus compatriotas que, si saben de dolores, también saben de alegrías.

Chinita es, pues, un jirón de lo más denso y más humano del Brasil lejano e infinito.

Por eso la trama de la novela es una página vívida de humanidad. Es, sin duda, la palpitación escrita del diario vivir. Es decir, una novela como hay tantas pero que, sin embargo, no es, con todo, como ellas. Difiere de muchas de su género en el hecho de que deja de ser novela, por así decirlo, para convertirse en un trozo de historia repetida todos los días, en el Brasil mismo y aun fuera de él: es que el drama que la inspira es el drama humano por excelencia, es el drama de la pasión, de la torturante exigencia del alma y del imperio del corazón. Es la vida así, lisa y llanamente vivida, trasplantada al papel con la habilidad —repetimos— del maestro y del psicólogo.

Sin embargo, el famoso escritor brasileño ha dedicado este libro a un tipo especial de mujer: al estudio de la mujer del pueblo, con ciertos ribetes de alcurnia espiritual, que representa la pasión femenina que se traduce en cada latido de su corazón, en cada vibración de su alma, en cada fluir y refluir de su sangre, mitad salvaje, mitad filtrada a través del tamiz clarificante de la civilización. Ella es la lucha permanente entre lo que, siendo lo que es, puja por ser lo que no es: el pensamiento evolucionado, el refrenar de las pasiones, el control de su ser íntimo sobre su otro ser innoble, prosaico y bastardo. Empero, si hubo lucha no pasó de ser un intento frustrado al menor asomo de la pasión, del fuego abrasador del amor total consumado sin reservas, sin formas, que ha ido consumiéndolo todo, hasta el ansia de vivir. Porque el amor, el amor sentido así, como la Chinita del libro, no es más que eso: el anhelo de una muerte que se abraza con la vida o, lo que es lo mismo, vivir muriendo.

Por eso no tiene importancia alguna, para Chinita, el sublime sacrificio de la muerte. Al fin y al cabo, "él" constituía la vida y, sin ella,

la exigencia imperativa de la Naturaleza, que cobra en sangre el precio de sus dones, es el final esperado, natural y lógico de lo que no pudo seguir siendo la esperanza y el anhelo convertidos en quemante realidad.

A. A. MARIS

ALBERTO CARVAJAL, *Salmos y elegías*.—Cali, Colombia, S. A., Carvajal y Cía. Ltda. Editores, 1942. 262 pp.

En un libro bellamente editado, Alberto Carvajal ha reunido sus mejores composiciones poéticas.

En Carvajal, como en todos los poetas y escritores del precioso Valle del Cauca, parte occidental de Colombia, los motivos terrígenos han encontrado fuente de inspiración. Es natural. Pocos paisajes en el mundo entero logran poner en quien los contempla, en quien vive entre ellos, un más suave toque de sentimentalidad.

El azul de las montañas que lo rodean; los ríos de aguas cristalinas, sombreados por los más preciosos árboles; los tonos de luz, tan variados, en ese Valle que llamó Humbolt el Paraíso del Mundo, han inspirado muchos cantos. El caucano, como dijo alguien, dondequiera que vaya, lleva, corazón adentro, el paisaje nativo, el paisaje sentimental. Ese fué el escenario de la preciosa novela *María*, considerada por muchos la pieza maestra de la literatura hispanoamericana y que no es más que un canto al paisaje del Valle imponderable.

Carvajal no podía substraerse en sus cantos a esa influencia vernácula. En todos sus cortos poemas, palpita el sentimiento nativo. Canta el sol, canta los ríos del Valle, las montañas que lo rodean, canta las costumbres de esa región paradisíaca; canta la historia de sus héroes y las figuras de su conquista.

Una de las partes más preciosas del libro la titula "Medallones heroicos". En sonetos de corte impecable, muy bien pulidos, el poeta hace el elogio de héroes, ciudades y sitios que sintetizan todo el pasado de esa parte de Colombia.

Para el observador o estudiante del movimiento literario de Colombia, es decir, de la América Hispana, el libro de Carvajal no podrá pasar inadvertido. Hombre de exquisito sentido intelectual, Alberto Carvajal representa una figura en Colombia. El y sus hermanos, Mario y Manuel Antonio, muerto recientemente, son una trilogía de poetas bien conocidos en la referida república meridional y por la clase intelectual de todas las repúblicas hispanoamericanas.

ENRIQUE NARANJO MARTÍNEZ,
Boston.